

da la masa en que se pone. Los pecados actuales que hemos cometido, ya mortales, ya veniales, por perdonados que estén, han aumentado nuestra concupiscencia, nuestra debilidad, nuestra inconstancia y nuestra corrupción y han dejado restos de maldad en nuestra alma. Nuestros cuerpos están tan corrompidos que el Espíritu Santo los llama cuerpos del pecado, y sólo capaces de pecado, cuerpos sujetos a mil y mil enfermedades, que se corrompen de día en día y que no engendran más que sarna, gusanos y corrupción.» Palabras que nuestro insuperable San Ignacio de Loyola, en la citada meditación de los pecados propios, en la consideración cuarta y quinta del punto tercero, expresa de este modo tan preciso como sencillo: «4.º Mirar toda mi corrupción y fealdad corporea. 5.º Mirarme como una llaga y postema de donde han salido tantos pecados y tantas maldades y ponzoña tan torpísima.»

Nuestro amadísimo Luis María continúa la descripción del cuadro de nuestras miserias y en el número 90 dice:

«Nuestra alma unida a este cuerpo, se ha hecho tan carnal que se llama carne: *Habiendo toda carne corrompido su camino*. Por herencia sólo tenemos orgullo y ceguedad en el espíritu, endurecimiento en el corazón, debilidad e inconstancia en el alma, concupiscencia, pasiones revueltas y enfermedades en el cuerpo. Por naturaleza somos más orgullosos que los pavos reales, más pegados a la tierra que los sapos, más viles que los machos cabrios, más envidiosos que las serpientes, más glotones que los cerdos, más coléricos que los tigres, más perezosos que las tortugas, más débiles que los carrizos y más volubles que las veletas. En nuestro fondo no abrigamos más que la nada y el pecado y no merecemos otra cosa que la ira de Dios y la eternidad del infierno.

De la consideración de tanta miseria humana y del infinito deseo de perfeccionarnos que tiene Dios, pues no es otra la voluntad divina que nuestra santificación, deduce con evidencia irreprochable nuestro Beato la consecuencia que él pre-ende y que es el cristianismo, fundamento de la Esclavitud mariana.

En el número 91 dice así:

«En vista de esto, ¿será de maravillar, si el Señor ha dicho que el que quiera seguirle debe renunciarse a sí mismo y odiar a su alma, y que el que ama a su alma la perderá y el que la odia la salvará? Esta infinita Sabiduría, que no da mandato alguno sin razón, no nos ordena el odio a nosotros mismos, sino porque somos sumamente dignos de odio: nada es tan digno de amor como Dios y nada tan digno de odio como nosotros mismos.

«Renunciarse a sí mismo y odiarse a sí mismo y todas las frases análogas a éstas son propias de la Sagrada Escritura, son mandatos de Cristo enseñados con obras y con palabras. Una vez convencidos de que somos vil ponzoña hemos de procurar vaciarnos de ella, y si, por añadidura, es mandato de la infinita Sabiduría que no da mandato alguno sin razón, es imposible eludir esta estrecha y urgente obligación de anonadarnos a nosotros mismos.»

Si las anteriores palabras del Beato son consoladoras por lo eminentemente cristianas y porque suponen la granítica base sobre la cual